

Adolescencia o pubescencia

Oscar Sotolano

“Es un adolescente típico, no sabemos qué hacer con él”. “Por favor, que crezca, que termine la adolescencia de una vez y se vaya de casa. ¡No lo aguanto más!”. “¿Quién inventó la adolescencia?! ¡Un sádico, tuvo que ser un sádico que odiaba a sus padres”. “Lo amo pero lo quiero matar”. Frases iguales o similares a estas (pocas veces tan irónicas) suelen estar en la boca de los padres que nos consultan o que escuchamos. Decir que la adolescencia es problemática es un lugar común. Sociólogos, pedagogos, historiadores, pediatras, psicoanalistas, padres o sustitutos, periodistas y sus formas paródicas contemporáneas, dan permanente cuenta, sea en la academia, sea en el universo del mundo mediático que hoy nos constituye, de esa problemática. La cantidad de textos que se refieren al tema son inabarcables. Si nos limitáramos estrictamente al campo psicoanalítico, también. El problema con esa problemática (el pleonasma es voluntario) es que involucra no solo a los sujetos que transitan por esa imprecisa franja etaria que cada vez se prolonga más, sino a la categoría misma.

La categoría de adolescencia -desde los textos de Aries es una idea que ha adquirido predominio- es un producto de la modernidad (idea más sostenible que su afirmación sobre la infancia en general). Una de las primeras entradas al término se encuentra en un tratado médico francés de 1821. Define: “Hay seis grados de edad; a saber: infancia propiamente dicha, *infantia*; segunda infancia, *pueritia*; la **adolescencia**, la madurez, la vejez y la decrepitud”¹.

¹Panckoucke, Charles-Louis-Fleury. *Diccionario de Ciencias Médicas*, Vol. 52, p. 415, París, 1821.

Se sabe que en las sociedades preindustriales el paso de la niñez a la adultez se resolvía con rituales de pasaje cuyos formatos eran muy variados según las culturas. Eso se ha modificado desde la caída de las sociedades llamadas tradicionales, y la adolescencia devino (en el interior de una perspectiva psicobiologista genética) una fase psicológica de un desarrollo concebido como natural, hacia la adultez. Fase que empieza en la pubertad y debería culminar con la exogamia.

Stanley Hall instituyó el término desde esta perspectiva y Peter Blos la continuó de hecho dándole formato psicoanalítico. En su interior, la pubertad es una primera fase temprana ligada al desarrollo hormonal y al de los caracteres sexuales secundarios. Al ser un concepto social, la adolescencia devino una fase "natural" en una perspectiva de tiempo lineal. Esta naturalización psicobiologista ha traído más de un problema al campo psicoanalítico. Que adolescencia haya devenido un término central que convoca congresos y números de revistas, no es el menor de ellos. Si hubo épocas y hay culturas hoy, en las que como período del desarrollo carece de significación, podríamos pensar que su carácter naturalizado universal no se sostiene. Se limita a una categoría válida para las regiones occidentalizadas del mundo occidental, incluso en Oriente.

Freud no habló de adolescencia, habló de metamorfosis de la pubertad. Para el fundador del psicoanálisis, la irrupción pulsional correspondiente a la modificación hormonal era su modo de ubicar la cuestión. Por supuesto, hacer el eje en la pubertad y no en la adolescencia no resuelve las aporías de las perspectivas genéticas, puede simplemente ubicarlas más tempranamente -la *pueritia*, como segunda fase de las seis nombradas en 1821, y no la tercera, por caso-; aun así, hacer hincapié en la pubertad tiene una función que resulta importante justificar.

Por otro lado, es compartido que si hay un momento de la vida en el que la constitución social del psiquismo se hace evidente es en la llamada adolescencia. No solo es un momento en el que la socialización adquiere una importancia exponencial como aspecto de la constitución subjetiva en procesos identificatorios secundarios e incluso primarios muy intensos y volátiles, y en el predominio de una libido objetal en franca tensión con la narcisista, sino un momento en el que las prácticas sociales muestran toda su fuerza en la constitución misma del sujeto y la subjetividad. El mundo social más restringido de la infancia se lanza al mundo adulto con toda su complejidad y vastedad conflictiva.

La idea planteada en *Psicología de las masas* de que toda psicología individual es, en última instancia, una psicología social, se hace allí evidente. Los jóvenes no solo

entran al mundo sino que se constituyen en ese mundo mientras entran, y al mismo tiempo, en esa acción, le van dando al mundo su propia forma. Por eso, los tránsitos generacionales (en esta época donde el cambio, la idealización de lo nuevo, ha devenido un significativo primordial para la sociedad capitalista -sobre todo desde que la obsolescencia planificada² domina su lógica productiva-) se expresan en cambios de la cultura toda. Los jóvenes se constituyen en una cultura que al mismo tiempo producen mientras entran en ella sin que esté del todo definida (ni la mente adolescente ni la cultura), claro que con los límites que la sociedad misma impone. Es que no deberíamos olvidar que hay leyes sociales que suelen limitar las posibilidades de expansión mental de los jóvenes -en verdad, de los adultos y los niños por igual-.

En la sociedad llamada de consumo que hoy nos consume, los jóvenes luchan contra ella... consumiendo (prolifera adicciones de todo tipo); incluso, otra paradoja, aquellos cada día más excluidos del consumo social. Como un lazo mariner, la lógica del capitalismo impone sus condiciones también a la rebeldía que contra ella puede surgir. Hace consumidores a los que todavía pueden consumir bienes como a los excluidos de casi todo consumo por igual.

Esta perspectiva que pone lo social en su centro tiene para el psicoanálisis un riesgo: el de una deriva culturalista. Pensar un psiquismo tan socialmente delimitado puede hacer de la formulación freudiana: "toda psicología individual es en última instancia una psicología social", un callejón psicosocial sin salida, donde la pulsión sexual (nítidamente delimitada de un instinto) pierde su preponderancia hermenéutica.

El desafío del psicoanálisis está en transitar por esa tensión donde lo social no alcanza para explicar el psiquismo, lo biológico tampoco, y, sin embargo, nada en él puede ser pensado sin tenerlos en cuenta; no como sumatoria de factores (no como series complementarias) sino como exigencia de una epistemología de la complejidad.

Entonces, ¿por qué pretendemos hacer hincapié en la pubertad en lugar de la adolescencia? En primer lugar, para salir del atolladero evolucionista que una categoría de profunda raigambre social e histórica como la de adolescencia genera. A veces, de tanto hablar de la adolescencia como fase evolutiva se pierde de vista la dimensión sexual profundamente conflictiva que está en el corazón de la lógica freudiana. Que esta no se restrinja a las prácticas genitales sino a todo ese vasto campo que Freud

²Término que remite a la producción de bienes que perecen de modo preestablecido y breve para garantizar la necesidad de comprar nuevos. Lo durable ya no es negocio para la industria. Se fomenta la compra de novedades (apenas diferentes) que garanticen el circuito de producción-consumo.

llamó psicosexualidad, no puede hacer olvidar que, sin embargo, la vida de los jóvenes está marcada por tensiones genitales (con todo los campos que lo incluyen) que reinscriben y transcriben la sexualidad infantil en modos que no son ajenos a los que las épocas alientan. El tránsito llamado adolescente está marcado por la tensión enigmática de la pubertad. De su resolución dependen las formas de exogamia que conllevan esa adultez (psíquicamente) siempre relativa. Si ciertos grados de neurosis son constitutivos de la humanización, es como expresión de ese carácter relativo de la "madurez" psíquica.

Destacar la pubescencia en lugar de la adolescencia tiene como función teórica rescatar esa dimensión sexual que a veces se diluye en reflexiones acerca de sus comportamientos generales. Busca primordialmente rescatar la tensión de lo pubiano y no tanto las formas más simbolizadas de una psicociabilidad sostenida en duelos (indudable pero impensable sin la matriz de la tensión puberal). En ese sentido, redimensionamos la pubertad como proceso profundamente psicológico sin limitarlo a sus peculiaridades fisiológicas porque nos interesa rescatar esa perspectiva de metamorfosis en que Freud la incluyó como parte de su planteo de una "metamorfosis de la pubertad". Metamorfosis que resignifica y le da a la sexualidad la dimensión altamente compleja desde el punto de vista inconsciente y variada desde el punto de vista de las prácticas, que Freud halló. Diversidad que hoy se hace elocuente en el mundo que busca (no sin conflictos) reconocerla y alojarla. Llamarlas "neosexualidades" resulta poco consistente cuando poco tienen de nuevas, salvo que las definamos por el lugar social que han adquirido (lo que no es poco).

En la metamorfosis de la pubertad importa sobre todo el "metamorfoseo" que se inscribe en un universo social donde las formas del placer y del goce se van desplegando siempre en conflicto a lo largo de un proceso que de ninguna manera termina con las modificaciones fisiológicas ni mucho menos con las prácticas sexuales. En ese sentido, aunque la pubescencia tampoco se define por su estricta modificación fisiológica, preferimos dejarle al término adolescencia su lugar de categoría psicosocial que por cierto incidirá en las derivas de dicha metamorfosis. Que la metamorfosis de la pubertad remite a la constitución subjetiva, y la adolescencia, a la producción de subjetividad es nuestra tesis. Términos estos que Silvia Bleichmar³ se ocupó de

³Bleichmar, Silvia. "Entre producción de subjetividad y constitución subjetiva". *Página On line de Silvia Bleichmar*.

despejar, al igual que autores lacanianos como Jorge Alemán (aunque -nombrándolos de otra manera- como sujeto y subjetividad), pero sin perder de vista que, no obstante, las dos categorías mantienen evidentes zonas de tangencia, solapamiento y creación de nuevas espacialidades que ambos campos implican. Sujeto psíquico de matriz inconsciente que se inscribe y es inscripto por las formas de la subjetividad de la época que anudan en el territorio preconsciente.

Los púberes siempre son asaltados por un cuerpo que se les impone como enigma⁴. Los problemas del esquema corporal dominan. Me resultó conmovedor escuchar a un chico decirle al padre, cuando vio a los chicos del equipo de fútbol contrario practicando en la cancha antes del partido, de un modo admirativo que evidenciaba simultáneamente su temor: "¡Qué grandotes son!" Lo decía sin percatarse de que le llevaba fácilmente una cabeza a cualquiera de ellos. La representación de su cuerpo chocaba contra los datos fisonómicos. El cuerpo biológico, siempre libidinal, lo sabemos, se instituye como tal en tanto cuerpo representado. La representación lo reformatea al igual que ocurre con todo lo biológico en la experiencia humana. Que somos un bicho "insuficientemente" formado que vive en la paradoja de que su mente sirve para compensar (mal) aquello de lo que la biología no fue capaz de dotarlo como a otros mamíferos, es hoy por hoy una perspectiva de origen embriológico que ha ganado su lugar. En nuestros días, la necesidad biológica del hambre tiene en los niños, los jóvenes e incluso en quienes no lo son tanto, el logo de McDonald's en cada dentellada, y ese logo reformatea las secreciones. Los hábitos de comida muestran a las claras el modo en que las necesidades del hambre se reformatean por los campos simbólicos, inevitablemente sociales, que atraviesan la vida. Esa temporalidad retroactiva, no lineal, que permite decir que lo biológico se reconfigura y se instituye por procesos temporalmente posteriores tejidos por discursos, es básicamente compartida por psicoanalistas de distintas escuelas, pero cuando se choca con un concepto de cuño evolutivo como la adolescencia, surgen rispideces.

No se trata de negar que existen perspectivas lineales evolutivas que son imprescindibles para dar cuenta de fenómenos clínicos: si un joven de 18 años es enurético, estaremos frente a problemas diferentes en el caso de que lo sea un niño de 4, y lo mismo si no puede realizar operaciones sostenidas en pensamiento abstracto a

⁴ Sotolano, O. "Cuerpo y adolescencia. Endocrinología o misterio", en "El cuerpo en la clínica". Revista *Psicoanálisis y el hospital*, N.º 18, noviembre de 2000, Buenos Aires.

una edad o a la otra. El mundo legal relativo al derecho de los niños a ser oído incluye esta cuestión bajo la figura de "las capacidades progresivas" cuando se trata de evaluar el valor de la palabra de un niño en un juzgado. Sin embargo, cualquier psicoanalista sabe que no hay codificación legal ni estadística que pueda dar cuenta de lo singular. La pubertad implica esa irrupción de energía que la mente irá tramitando en procesos pubescentes que podrán incluso extenderse hasta los momentos de la adolescencia tardía.

No se tramita ningún "adolescer" como en algún momento alguna imaginativa propuesta etimológica sin sustento propuso, sino la irrupción de la energía sexual que las secreciones, erecciones, crecimientos pubianos y mamarios hacen evidentes aunque no basten para darles sentido a las experiencias por las que los y las jóvenes transitan (puede "adolescer" de sentidos pero eso es constitutivo de la producción simbólica a cualquier edad, no una peculiaridad característica de ese período). Ese sentido a construir se articulará con el mundo de las experiencias infantiles y sus destinos siempre abiertos -en las antípodas de los que se conciben como regidos por una repetición con formato de holograma- .

La sexualidad de los jóvenes hoy no es la misma que hace 30 años, solemos decir. Y esto es cierto y falso a la vez. No cabe duda que la moral sexual se ha modificado. El proceso que en un principio se hizo evidente en las capas medias urbanas hoy avanza sobre la sociedad toda con enclaves conservadores que coexisten con ese cambio. Sin embargo, los conflictos sexuales, incluso en el interior de esa moral menos dominada por prejuicios victorianos, no han desaparecido. La irrupción de los sexólogos tratando de resolver variadas disfunciones con consejos y propuestas instrumentales de todo tipo lo hacen evidente. La moral sexual menos calvinista no borra el superyó como instancia psíquica, solo le da otros formatos, ni siquiera menos sádicos.

La irrupción siempre traumática que la sexualidad implica para el sujeto se sostiene en su constitución en dos tiempos, en la opacidad que alberga desde el punto de vista del sentido para la mente infantil en la que primariamente se inscribe, como exceso, como déficit, como amenaza, o en las diversas formas que lo hace, siempre enigmática. Cuando la pubertad coloca al niño frente a vivencias que no termina de comprender, la oferta social de sentidos solo resulta un alivio relativo para la tensión estructural de aquello que no se logra significar o que cuenta primariamente con las traducciones precarias de la infancia que solemos llamar teorías sexuales infantiles. Por ese motivo, por más información que sobre el sexo los jóvenes reciban (y lejos de

desmerecerla en tanto política educativa), no por ello disminuyen las angustias que su irrupción implica. Puede ser la angustia por el temor a una falta de erección en el momento del encuentro con el otro, el miedo a una penetración dolorosa, el miedo a quedar atrapado en una relación que le impida cualquier nueva experiencia, o cualquiera de las distintas explicaciones preconscientes más o menos susurradas o balbuceadas que los jóvenes verbalizan en las sesiones.

En estas épocas de sexualidad hablada y exhibida en el *mundo.com* casi sin muestras de pudor, mostrarse puede ser una manera de tramitar angustias y al mismo tiempo de ir introduciendo otras entre los que participan de los vínculos virtuales. Una joven siente asco por el modo en que su amiga muestra su beso de lengua con su "novio" en Instagram. El asco se hace especialmente pronunciado cuando ella guarda fantasías no del todo conscientes por su amiga. El asco no es de besar, acción que ella puede realizar con igual libertad motora, es de encontrarse con la sexualidad del otro como idealizada, deseada, inalcanzable confrontando la propia. La red resulta un espacio de producción de experiencia sexual y en ocasiones de microtraumatizaciones como las que de igual modo se producían en nuestra generación predigital más "analógicamente corporal". Toda producción de sentido se hace consistente en la medida en que se abre a una nueva ausencia de sentido. Toda elaboración de lo traumático se realiza produciendo opacidades nuevas, no solo porque lo simbólico jamás puede recubrir por completo lo real sino porque su vitalidad está en que abra nuevos interrogantes en lo real, nuevos enigmas. De allí que la información sexológica que hoy se despliega, la libertad lenguajera y lenguaraz que domina el discurso social en materia de sexo, no ha hecho disminuir ninguna de las disfunciones que han dominado la sexualidad humana en tanto experiencia corpo-emocional.

Si bien es indudable que los conflictos neuróticos se asientan en la relación con la psicosexualidad pregenital, la irrupción puberal de lo genital en forma explícita no puede ser opacada por aquella. Riesgo enorme en esta época donde parece que el sexo fuera un tema resuelto por su omnipresencia desatada; aunque como se observa muchas veces en los análisis, no sin indicios de sospechosos tintes maníacos.

La clínica con adolescentes, al menos mi propia experiencia al respecto, resulta elocuente. Morales sexuales libérrimas conviven con angustias ancestrales. La enorme importancia del movimiento feminista en la apropiación mayoritaria de esos deseos de libertad choca contra obstáculos no solo sociales.

De tanto que se (cree) le paraba al abuelo, al nieto no se le para

Ese el título que podríamos ponerle a la historia de X que, con el fin de ilustrar lo dicho hasta ahora, paso a relatar.

X es un joven de 23 años, robusto, de aire esquivo que consulta por problemas ligados a su desgano permanente. Por supuesto, es también con desgano que viene a la consulta, accediendo ("solo para no discutir", dice) a la insistencia de sus padres.

Al principio, sus relatos carecen de personajes significativos, un aire escéptico lo acompaña. Sin embargo, rápidamente deviene bastante locuaz. "El mundo es una mierda". "¿Vos no leés los diarios?", me involucra. "Yo no leo pero sé. Cualquiera sabe", se contesta en un monólogo que deviene relativamente ágil y un tanto paranoide. "Mis padres dicen que la esperanza es lo último que se pierde... ¿ison boludos o se hacen!?". Ese es su tono inicial. Decirle: "¿Cómo sabés si no leés?", podría ser una intervención posible pero que en ese momento me pareció inoportuna.

Después de un discurrir desmoralizado que busca ser transferencialmente desmoralizante y que no resulta caprichoso (confieso que por momentos comparto sus argumentos) le digo que si consultó es porque tal vez todavía alguna esperanza guarda. "Bueno, no me quiero matar", responde con ambigüedad, sin ningún afán irónico. La negación me inquieta. "Lo pienso pero, no sé por qué, hay boludeces que me gustan... La música, la música es lo más". "Me va escucharla. Tocar, no. Solo escuchar. Chapar una guitarra me da paja. Me compraron una, una Fender, lo más. Pero...", X se apaga. La nada se apodera de él. No tiene el formato de la melancolía con su habitual estructura autoacusatoria. Es desgano, como si perdiera la energía y se diluyera en cuestión de instantes. Hasta que de pronto se vuelve a encender en un canal dedicado a "pálidas" y vuelve a empezar. La expresión paja nunca falta para referirse a su desgano, la palabra chapar me llama la atención. Transita de la nada a "lo más" sin sucesión de continuidad. En otra época (que no es la de los últimos tiempos en los que el significante "chapar" ha vuelto) hubiera interpretado "el chapar una guitarra" como clara alusión sexual, pero sus usos de la lengua no eran los míos... creí al principio. Era fácil poner su desesperanza del lado de un mundo que no la ofrece. Es un dato psicosocial muy difícil de rebatir. Sin embargo, algunos indicios de vitalidad quebraban el clima mortecino. Los énfasis de su propio discurso devenían en sí mismo vitales.

De a poco fue surgiendo un tema del que no hablaba: nunca había tenido relaciones sexuales. Que le diera paja era un indicio de una práctica de la que hablamos poco. Este tipo de conflictos en jóvenes de los que se espera que hayan tenido experiencias sexuales genitales más plenas no me resultaba una sorpresa. En la última década la observo con más frecuencia que décadas atrás. Es como si la relación práctica sexual y el discursar sobre lo sexual se hubiera invertido. Al menos, esa es la observación que me permite mi personal y acotada estadística, entre los varones. Las chicas parecen compelidas a realizarlas aunque también pueda haber quienes acceden muy tardíamente con grandes dificultades -no ha sido mi experiencia directa en los últimos años, pero sí la de colegas-.

"Me cogí a un chabón. Estuvo bien", suelo escuchar, dicho como si no fuera demasiado relevante, al tiempo que fantasmas de Susanita (el personaje de Mafalda) irrumpen, las más de las veces con gran vergüenza ni bien asoman.

X no coge. No es el único, aunque vivan en un mundo que se jacta de hacerlo con fruición. Lo siente como un disvalor, no como una urgencia no realizada. Insistir sobre el asunto implica el riesgo de sumarse al coro de un ideal del yo que reclama coger. Lo voy dejando hablar. El hecho de que siga haciéndolo es un dato relevante. Un día lo asalta un simple olvido mientras habla. Cuenta que "en un boliche quería... con una chica y no pude". La palabra no le sale. La tiene en la punta de la lengua pero no hay caso. "Fuck, tendré Alzheimer", dice. Le sugiero asociar. Es una buena oportunidad para hacerlo: "Contame lo que se te pasa por la cabeza sin que importe lo que te venga, eso muchas veces ayuda" le digo. Titubea, me dice que no entiende, que bueno, que va a tratar, vacila. Aunque la regla fundamental le fue enunciada al principio, recién allí parece encontrarse con ella, y suele ser así también con adultos. Hay momentos en que se hace carne aunque luego se vuelva a desvanecer entre relatos más marcados por procesos de pensamiento secundario. Me cuenta que chocó el auto del padre, "nada serio, pero el arreglo va a salir sus buenos pesos". "Mi viejo se enojó pero solo me dijo que me ocupe de llevarlo al...", duda..., "mecánico. Ah, me acordé... transar. Esa es la palabra que me olvidé, transar, era transar. ¡Qué cosa! Tenías razón, no sé cómo pero ayuda, qué loco". Le pregunto: "¿Te dijo que lo lleves al mecánico o al chapista?". "Claro, qué boludo, sí, al chapista". "Transar se puede decir también chapar, ¿no?", le sugiero. Piensa. "Chapar es de viejo", me contesta. Me reconozco aludido pero no le digo nada. "¿Lo usa tu viejo?", le pregunto. "No, mi viejo no... bah, lo decía de mi abuelo, 'que era un chapado a la antigua'. Yo no entendía qué

quería decir con eso". "¿Y vos qué te acordás de tu abuelo?". "Jodía, jodía todo el tiempo. Era muy, no sé, no sé cómo describirlo. Mi viejo le decía que se dejara de hacer el banana (me causaba gracia escuchar eso). Siempre hacía chistes pesados. Se pasaba de chistoso. Siempre se tocaba ahí y me decía... un día la vas a tener así de grande". Se angustia, el clima emocional se modifica. "¿Te acordás cómo era la escena, cómo lo hacía". "No me acuerdo pero me parece que con las manos, hacía un gesto, así de grande (y hace el ademán de quien trata de mostrar algo enorme. Como un pescador exagerando el tamaño de su presa). Me asustaba el abuelo cuando se la sacaba". "¿Se la sacaba? ¿Alguna vez viste que mostrara el pene?". Noooo. Cómo iba a mostrarlo... Solo hacía teatro". "Como si fuera un buen actor y te hacía creer la representación. Y vos no entendías la obra porque eras chiquito". "Puede ser... no me acuerdo, pero puede ser...". Su tono es por completo diferente al usual. "Sí, me acuerdo de mi viejo diciendo que era un zafado, un chapado a la antigua. De lo otro nada".

Chapar como contacto sexual se funde con vejez. La sexualidad genital deviene así traumática como cosa de los viejos. Viejos que lo exponen a una sexualidad inasimilable. Si a los viejos se les para tanto, el hecho mismo de que se pare puede ser interpretado como un indicio de vejez, tal vez del Alzheimer al que antes hizo mención. En ese contexto, ¡cómo para no tener miedo de que se le ponga "así de grande"! El sexo parece devenir indicio de muerte y decrepitud, no de placer y juventud. La desesperanza que el joven manifestó desde un inicio (vale aclarar que el abuelo terminó su vida deprimido viendo el mundo con los ojos dolorosos de la desesperanza más extrema), racionalizada con dramas sociales evidentes para cualquiera que no se niegue a verlos, al tiempo que servía como defensa ante la angustia de la tensión puberal inscripta en turgencias amenazantes, lo hacía identificarse con un ser potente pero bajo la forma "oximorónica" de la plena impotencia vital.

Todas sus consistentes razones para sostener su desesperanza en cuanto al futuro del mundo, sobre las que muchas veces se detuvo con argumentaciones para nada caprichosas, servían al mismo tiempo como defensa y como expresión de sus fantasmas. En una sexualidad que no se consuma ni se busca consumir (era el caso de él) se condensaban experiencias infantiles, teorías *ad hoc*, solapamientos creenciales de diversas proveniencias y un mundo que validaba sus defensas con su dolor cotidiano. El enigma de lo corporal, de lo social, de sus opacidades y las

singulares formas de dotarlo de sentido, se realizaban en una apatía plena de marcas inconscientes.

Por supuesto que este relato tiene la lógica ficcional que exige un relato. Aunque todo ocurrió como lo cuento, no fue exactamente de esta manera. Las restricciones del relato obligan, sin embargo, a transmitir, sobre todo, su lógica y su estilo. Me interesa destacar, al tiempo de una forma singular del joven X, un ritmo que siempre hallo en la experiencia analítica, por el cual se transita mucho tiempo por caminos en los que parece no pasar nada hasta que de repente algo se suelta y surge un torrente de asociaciones y sentidos que brindan un nuevo panorama que más o menos de inmediato parecen estancarse en un nuevo conjunto de obstáculos.

Se necesitaron varios de estos movimientos para que reconociéramos la angustia acerca de su sexualidad que su angustia por el mundo (una angustia por momentos existencial) albergaba. Que yo no desconociera los motivos sociales de esa angustia ayudó a que pudiéramos entrar en esa otra mucho más íntima sin descalificar ni desmentir los otros motivos, promoviendo un clima de mayor confianza relativa. La consumación sexual llegó en un momento de adolescencia muy tardía. El proceso de metamorfosis de la pubertad llevó años en tramitarse incluso luego de la consumación genital, hasta que X pudo irse de su casa. Convergió con los finales de la adolescencia en tanto etapa evolutiva. En su experiencia convergen expresiones verbales de diversas generaciones que se solapan y resignifican a partir de los enigmas de inicio y sus sucesivas transcripciones. Los excesos exhibicionistas del abuelo (al menos así los vivió X) resultaban para el niño una fuente traumatizante de palabras y actos sin sentido que tomaron formas particulares cuando se enfrentó con la potencialidad de su propia sexualidad. Las sucesivas articulaciones con expresiones verbales de su propia generación fueron construyendo otras con valores diversos. Modos del habla diversos, correspondientes a tradiciones discursivas diferentes en épocas alejadas unas de otras, se van articulando siempre mal en el territorio abierto por las múltiples posibilidades semánticas. La erección imaginada (¿o tal vez vista?, no pude desentrañar la cuestión) del abuelo funcionó como inhibidor de las erecciones del nieto. De allí el título que encabeza esta sección.

Por supuesto que con este relato no pretendo dar cuenta del mecanismo de una cura. Es que, al menos en mi experiencia, nunca estoy del todo seguro de los articuladores precisos que la permiten; ni siquiera si tal cosa se puede llamar cura. Si se trató de los sentidos hallados, de la relación analítica misma, de la posibilidad de

ampliar las posibilidades mentales, de todas ellas, o de algunas otras que podamos no percibir, no me atrevo a afirmarlo con seguridad; sobre todo cuando la parte del relato que he elegido ha sido a los fines de ilustrar lo previamente desarrollado. Lo que me resulta evidente es que el proceso de apropiación de los modos del propio pensamiento resulta un factor sino determinante, sin dudas infaltable, con los adolescentes y hasta los adultos que tramitan su pubescencia, con todas las implicancias identitarias que tiene este proceso. Proceso para el que es imprescindible que cuente con la escucha desprejuiciada pero a su vez capaz de crítica, escucha con una libertad de pensamiento que solo deviene consistente cuando pone en cuestión las propias categorías y prejuicios.

El adulto que somos tiene que ser capaz de ser consciente de su propio patetismo, su propia insuficiencia. El metamorfoseo de la pubertad perdura como motor creativo a lo largo de la vida. No es bueno que el psicoanalista que atiende adolescentes se sienta saturadamente adulto ni que pretenda generar complicidades que difuminen las diferencias estructurales, aunque es imprescindible que no abuse de la diferencia de edad en tanto poder. Lo más probable es que el joven nos haga pagar caro el intento. Si un padre, como lo relato al comienzo de este texto, nos decía: "¿Quién inventó la adolescencia! ¡Un sádico, tuvo que ser un sádico que odiaba a sus padres?!", es porque la fase sádica de la sexualidad es de las que también son parte de este proceso de metamorfoseo. Hay sadismo de los jóvenes y de los padres. De los pacientes y de los analistas.

A modo de conclusión

*"La pubertad no es una fase que sucede a lo infantil, en todo caso podrá serlo en una línea evolutiva que tenga a la niñez como su primer peldaño y a la adolescencia como segundo, pero **desde el punto de vista psicoanalítico nos parece central ubicar a la pubertad como un aspecto de la sexualidad infantil misma que se produce en una fase evolutivamente más tardía, pero que le da su más o menos definitiva estructuración en un tiempo que se extiende más allá de la irrupción de la sexualidad en su forma más explícita. Es retroactiva y es prospectiva.*** Fase en la que el mundo aparece de un modo inédito y en el que este también es significado de modos inéditos. Porque si el mundo, lo externo, se hace

presente con toda su dimensión pulsante (en su vector de objeto-fuente pulsional, como diría Laplanche) desde los primeros momentos, y luego de formas más discriminadas con el paso de los años infantiles, en ese período que se acostumbra llamar adolescencia, bajo el embate de la emergencia pulsional como enigma, todo lo social con su compleja trama de inscripciones y significaciones, también, más o menos enigmáticas, busca estabilizarse relativamente en sistemas de creencias, prohibiciones, deseos y prácticas, donde el mundo se reinscribe de modos más o menos estables⁵, al menos hasta que su propia dinámica lo permite.

En las condiciones de una revolución tecnológica tan potente donde las transformaciones se producen en tiempos tan vertiginosos que lo que se acaba de terminar de aprender o asimilar ya devino obsoleto, las formas en que la pubertad se vaya metamorfoseando en el futuro no nos dan lugar para predicciones más o menos consistentes. Por el momento, las dinámicas psíquicas básicas que hacen a la pregnancia inconsciente de nuestra constitución no parecen sufrir alteraciones fundamentales, incluso cuando podamos coincidir en que el concepto de complejo de Edipo deba ser revisitado. Los *Tres ensayos de teoría sexual*, lejos de mostrar su caducidad, muestran su plena vigencia. Las sexualidades llamadas *queer* son su prueba. Aunque me parece imprescindible recordar que el ser políticamente correctos acerca de ellas no puede hacernos olvidar que la perversión o la psicosis pueden desplegarse tanto en una heterosexualidad normalizante como en las formas menos anticonvencionales de su ejercicio lgbtq⁶. No se define por las formas del acto sexual sino por las formas fantasmáticas singulares, los modos en que el otro se inscribe y la manera en que la tópica se estabiliza.

Estos desafíos de la sexualidad de la época resultan cruciales para entender los procesos de metamorfoseo que hoy debemos acompañar en los procesos de aquello que un poco ostentadamente llamamos cura. Por todo esto, preferimos hablar de la pubescencia. Ella transita y se constituye en una adolescencia que cada día se prolonga más. Juicios de padres para que sus hijos abandonen el hogar, o formas paródicas como aquella película francesa en la que el hijo inicia acciones legales contra sus padres por abandono de persona cuando ellos insisten en que se mude, lo reflejan. Con esas dimensiones sociales, la subjetividad de época que dibuja la llamada

⁵O. Sotolano, "Adolescencias", en *Revista Psicodiagnóstico*, Año 38, N.º 1, julio 2017.

⁶Sigla que remite a Lesbianas Gay Bisexuales Trans Queers.

adolescencia se perfila. Los psicoanalistas, orientados hacia los avatares inconscientes de la constitución del sujeto, aunque no pueden desconocerlos, tampoco pueden otorgarles un valor explicativo que olvide la dimensión pulsional-parlante de nuestra especie. Dimensión que la categoría de pubescencia expresa, a mi entender, de un modo más preciso siempre que se la despeje de cualquier perspectiva reduccionista de cuño biológico.

Resumen

El autor busca indicar las diferencias y tangencias entre las categorías de "adolescencia" y "pubescencia", desde una perspectiva psicoanalítica que involucra tanto los aspectos sociales como corporales que la ciñen. Mientras la adolescencia remite a la tradición psicosocial, pubescencia retoma la tradición freudiana estricta. En ese sentido, mientras la metamorfosis de la pubertad remite a la constitución subjetiva, la adolescencia lo hace a la producción de subjetividad. El autor busca aclarar lo que considera malentendidos centrales para entender una época marcada por el movimiento feminista y las llamadas "neosexualidades". Realidad social que favorece las superposiciones conceptuales. En su desarrollo transita tanto por problemas teóricos como clínicos.

Descriptores

Adolescencia, pubertad, sexualidad, neosexualidad, subjetivación, subjetividad.

Adolescence or pubescence

Summary

The author aims to clear the differences and approaches relative to adolescence and puberty from a psychoanalytic point of view, without deny the social aspects nor the physicals one involved. While adolescence belongs to a psychosocial tradition, pubescence does to a most accurate one in the Freudian theory. In that sense, while metamorphosis of puberty refers to subjective constitution, adolescence refers to subjective production. The aim of this text is to clear up what the author considers a misunderstanding approach to the problems of youth development, considering the contemporary changes that involves so feminism such as the so called neosexualities. All through the text, the author works between theoretical proposals and clinic examples.

Keywords

Adolescence, puberty, sexuality, neosexuality, subjectivation, subjectivity.

Adolescence ou pubescence

Resumé

Le texte met en relation les différences et les approches conceptuelles qui existent entre la catégorie d'adolescence et celle de puberté du point de vue psychanalytique, sans nier ni les aspects sociaux ni ceux rattachés au corps. Dans l'opinion de l'auteur, en même temps que l'adolescence renvoie aux traditions psychosociales, la pubescence le fait à la tradition freudienne la plus rigoureuse. Si la métamorphose de la puberté fait référence à la constitution subjective, l'adolescence à son tour le fait à la production de la subjectivité. Le texte met en travail l'éclat, que l'auteur considère un malentendu, autour des problèmes de la catégorisation de l'adolescence. Malentendu si présent dans cette époque marquée par des mouvements féministes et ce qu'on appelle les neosexualités ce que favorise la confusion des champs conceptuels. Le texte aborde également les difficultés théoriques et cliniques en rapport à cette problématique.

Mots-clés

Adolescence, puberté, sexualité, néosexualité, subjectivation, subjectivité.